

SUBSIDIO

LECTURA ORANTE DE LA PALABRA: RAÍCES ESPIRITUALES DESDE LOS INICIOS EN LA VIDA RELIGIOSA

**Hna. Ángela
Cabrera, MDR***

Este artículo nace del interés de realzar la importancia de la Lectura Orante de la Biblia en los primeros años de Vida Religiosa. Muestra que estos inicios son fundamentales para crear las raíces suficientemente hondas que permitan, en adelante, mantener la cultura espiritual, permanente, desde la Palabra. Por la necesidad de expresar profundas experiencias en esta metodología de oración bíblica, se auxilia e integran expresiones de las doctoras de la Iglesia: Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Jesús, arrojando elementos que nutren la propuesta reflexiva. Como podrá considerarse, el estudio no se apoya tanto en citas bibliográficas, como en la experiencia de más de 25 años, abordando asuntos desde sus más sólidos convencimientos espirituales.

Oración bíblica desde las potencias del alma

Deseo partir de lo que Santa Catalina de Siena llama, apoyada en la teología tomista, “Las tres potencias del alma”: entendimiento, memoria y voluntad¹. Tales “potencias” son facultades

*Misionera Dominica del Rosario. República Dominicana. Miembro del ETAP (equipo de teólogas/os asesoras/es de la presidencia de la CLAR).

¹ Fr. José Salvador y Conde (editor), Santa Catalina de Siena, obras completas, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1996, 335-390.

que pertenecen exclusivamente al ser humano en su particularidad creacional. Esta doctora de la Iglesia extrae de aquí riquísimas enseñanzas espirituales, que intentaré describir, de manera breve, con un lenguaje asequible a nuestro contexto:

Entendimiento es la potencia del alma que capacita al ser humano para comprender, razonar, discernir, conocer, asimilar, digerir la voluntad de Dios. Auxilia a la persona para responder a los toques del Espíritu y penetrar al interior del misterio salvífico, yendo de lo visible a lo invisible, de lo natural a lo sobrenatural. Por la asistencia del Paráclito esta potencia despierta la virtud de la fe, haciéndola crecer y madurar.

Memoria es la potencia del alma que dispone a la persona para retener, conservar, custodiar, aquello que ha sido el paso y las huellas de Dios en su vida. Al mismo tiempo, le permite conservar la identidad divina, el sentido de pertenencia. En esta perspectiva, la memoria retrata a Dios en el corazón, lo plasma, de manera que pueda reconocerse y, por ende, descifrar sus signos, su presencia, aunque esta sea siempre nueva. Puede decirse, que quien

privilegia esta memoria teológica, a causa del fuego del Espíritu, conserva un santo recuerdo que permea todo su ser, cautivándole hasta la imaginación.

Voluntad, esta potencia permite al alma desear lo mejor, Dios. Ella despierta al amor, motor de empuje que lanza hacia la búsqueda del encuentro. La voluntad dinamiza el movimiento interno y externo, remediando la actitud estática de quien no camina hacia ningún objetivo. La voluntad puede ser comparada al esfuerzo fecundo que anima a responder. Es fuerza de amor, cuya primacía, como en las otras dos potencias, remite al Espíritu Santo.

Recurro a estas referencias de las potencias del alma, entendiendo por “alma” el acento trascendente, espiritual, que tiene la persona, cuyo cuerpo y alma poseen una misma naturaleza, como templo vivo del Espíritu Santo. Con todo, corresponde a ese misterio llamado alma, esa dimensión exclusiva que solo Dios puede satisfacer plenamente. Puede confirmarse en el Catecismo de la Iglesia Católica (362-368) este artículo, a sabiendas de que hoy día, se ha sobre-valorizado el cuerpo, mientras que el alma se ha torna-

do desconocida en los proyectos de formación y pastoral; sencillamente va siendo ausente en los asuntos de conversaciones, como si esta solo hubiese existido en la antigua historia santos y santas.

Entendimiento, memoria y voluntad, en la persona humana, no siempre están disponibles para acoger lo que Dios le muestra, para registrar sus huellas y tomar la decisión de amarle como correspondencia o respuesta a la llamada. Algunas veces se verifican desequilibrio en estas tres potencias, y no solo desequilibrios, sino desenfoque de su vocación primera. No siempre están armonizadas una con la otra, produciendo confusión, pérdida de horizonte, sin sentido, frustraciones. El ideal de la espiritualidad es, por Gracia, llegar a vivir la integración armoniosa de estas, de manera que se funden y fecunden en Dios: siendo Dios tan hondo dentro de la persona que ocupe en Él y su causa todo su entendimiento, su memoria y voluntad.

He sentido necesidad del anterior planteamiento para explicar aquello que busco comunicar: la Lectura Orante de la Sagrada Escritura ha de entrar hondo en nuestras vidas, y esta profundidad

bien puede expresarse mediante estas potencias, que aguardan, en su propia naturaleza, ser seducidas por Dios.

Vida y eficacia de la Palabra de Dios

En la carta a los Hebreos 4,12 se lee: “Pues viva es la Palabra de Dios y eficaz, más cortante que cualquier espada de los filos. Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médulas; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón”.

Hebreos 4,12 inicia afirmando que la Palabra es “viva”, o sea, es aire, respiración, viento, Espíritu. El mismo Espíritu que desde toda la eternidad ha existido, quien inspiró, en su momento a cada autor sagrado, es la misma Tercera Persona de la Santísima Trinidad, quien asiste para entablar entre la Escritura y el ser humano, una comunión y comunicación trascendente, incomparable, única, irrepetible. De manera, que este misterio envuelva una relación estrecha entre la Palabra y la persona, que se encuentran para no solo dialogar, sino llegar a un plan de salvación con todo lo creacional. Quiere decir que son letras vivas, leídas por una per-

sona viva, que respira y es consciente.

La Palabra también es “eficaz”, es gestora de conversión, santidad; es vida en movimiento transformador. Viva para un sentido, una tarea, una misión. Ejecuta aquello que provoca en los corazones disponibles, porque su eficacia es respetuosa. Se trata de la Palabra maestra; sí, una maestra silenciosa, discreta, sabia, diseñadora, creadora y creativa para alcanzar la meta: que el ser humano vuelva a Dios.

La imagen de la Palabra “penetrando” a la interioridad personal, como quien entra al lugar más sagrado de la “casa”, muestra su agilidad y disposición para evadir cualquier obstáculo que impida esta presencia purificadora. La acción producida por la Escritura Sagrada en el terreno humano es un misterio. ¿Quién ha localizado la división entre alma y espíritu? ¿Dónde se encuentra? Pues justamente allí, donde el intelecto humano pierde control y respuesta, comienza la sabiduría inagotable de Dios. Articulaciones y médulas son atravesadas por esta luz hecha Palabra de vida, con el propósito de hacer discernir, comprender, tomar decisiones, podar, escoger,

y es aquí donde cobra mayor sentido la anterior referencia al entendimiento, memoria, voluntad.

Esas facultades del alma, exclusivas del ser humano, se convierten en el objeto de atención a ser alcanzado por la Palabra. Y justamente, eso es lo que desean estos párrafos: provocar que la Lectura Orante de la Biblia atrape todo nuestro ser.

Lectura orante en los primeros años de Vida Religiosa

Cuando se inicia la Vida Religiosa, no siempre se trae de casa una cultura orante con la Palabra de Dios. Pero el hecho de que se ingrese, no garantiza su realización eficaz. ¿Cómo hacer gustar de la Sagrada Escritura? El asunto no es solo de quien llega, sino de quien recibe, a quien se le ha confiado acompañar a alguien que desea consagrarse a Dios. ¡Dios de la vida!, ¡acompañar a alguien que desea consagrarse a Dios!

¿Cómo favorecer el gusto por la Palabra a otra persona sin haberla gustado primero? Importa destacar que quien no está convencido no convence a nadie. Sin haber bebido vino, sin haberlo experimentado, no se puede

balbucear el intento para describir su definición. ¿A qué sabe el vino? Solo podrá compartir quien lo haya saboreado. Quiero decir, que si el fuego no está encendido en el interior, el fuego de la Palabra, será difícil que una chispa de este alcance algún terreno virgen para incendiarlo. En este aspecto, ha de favorecerse que “chispa” y “terreno” se encuentren, porque esto lo determinará todo.

La experiencia con la Palabra no se hace en la imaginación, no se inaugura ni inicia. La Palabra no penetra con un texto bíblico en el recuerdo, ausente de detalles: verbos, partículas gramaticales, acentos, sustantivos, objetivos, lugares, personas, que puedan posarse en el interior lentamente, acomodándose hasta, por fin, dar a conocer su mensaje. No se entiende una experiencia de Biblia sin Biblia. De ahí que el texto sagrado es imprescindible para conquistar la comunión entre el cuerpo sagrado de la Escritura y el cuerpo de quien lee: dos cuerpos vivos en íntimo diálogo transformante.

En un primer momento, este ejercicio parece un poco aburrido. Como quien come alimentos de otra cultura. El paladar no está

acostumbrado. No es familiar el gusto. Todo sabe un poco extraño. La imaginación descontrolada no colabora con el propósito. De ahí que dos virtudes se hacen necesarias en este comienzo: disciplina y paciencia. Estas dos virtudes no han de acogerse como una imposición brusca, sino como una necesidad que favorezca la simbiosis entre Palabra, entendimiento, memoria y voluntad.

Es oportuna y hermosa la imagen que utiliza Santa Teresa de Jesús describiendo los primeros grados de oración². Pienso auxiliarme de ella, considerando sus enseñanzas con palabras para nuestro contexto. De alguna manera, nos presenta que todo comienzo exige esfuerzo. Compara esos inicios como cuando una persona va al pozo a buscar agua, para regar el huerto. Este huerto, en su imagen espiritual, es el alma. La persona va, se fatiga, pero consigue agua para regar el interior. Con el tiempo, si continúa, el Espíritu le permite elevarse; prosigue yendo al pozo, pero ahora ayudada como por una especie de “máquina”, que le permite obtener el agua sin tanta

² Santa Teresa: obras completas, El libro de la vida. Tomás Álvarez (editor), Burgos, Monte Carmelo, 2014, 117s.

fatiga. Ese es el segundo grado. El tercero, considera, es cuando ya el propio jardinero busca el agua, y riega el huerto. En este tiempo, considera la santa, comienzan a salir flores en el jardín, flores que otras personas pueden contemplar, y así prosigue ella hasta considerar lo que llama cinco grados de oración, cuyo culmen, mediante un camino que también implica tropiezos, pruebas y sufrimientos, es alcanzar, por gracia divina, la perfección espiritual.

Dios no se contradice. Lo mismo sucede en el camino de intimidad con la Palabra. Se trata de un camino que no se agota. En Lectura Orante de la Palabra no hay nadie graduado con honores. Recuerdo un profesor, muy sabio, de Sagrada Escritura, reconocido internacionalmente por su autoridad en la interpretación bíblica. Ante ciertas preguntas respondía: “déjame meditar”, “necesito reposar mis ojos en el texto”. En un primer momento, no se entendía como una persona que sabía tanto, podía decir semejante cosa. Con el tiempo, se puede comprender que justamente en esta mirada reposada sobre la Palabra es donde se gesta la sabiduría divina. Es ahí donde Dios te abre

su misterio. Porque bien nos deja entender la *Dei Verbum* 25, que el Hijo de Dios ha revelado la plenitud del Padre, pero la manera de asimilar todo lo que Jesús nos ha revelado, va germinando lentamente con el pasar de los años, proceso acompañado por el Magisterio de la Iglesia.

Con esas imágenes citadas deseo motivar a que nuestras casas de formación respiren Palabra de Dios. Desde este centro, la formación será más llevadera. Porque cuando es comprendido el sufrimiento que implica el proceso de formación, su sentido y fecundidad, es cuando pueden asimilarse las palabras de Jesús “mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mateo 11, 29).

A nadar se aprende nadando. Todas estas letras no tienen otro propósito, a no ser, despertar la inquietud por el silencio orante, cada vez en más hondos niveles, y saltar al Mar de la Palabra como opción primera, cayendo por lo menos en la orilla, y luego dejar que el Espíritu adentre hacia lo profundo, hacia su océano, que encuentra eco en las palabras de Jesús “Sean perfectos como mi Padre es perfecto” (Mateo 5, 48).

Desde la fe que nos distingue, la Palabra va acompañada por el Magisterio de la Iglesia porque como Iglesia nos une un solo Magisterio, brújula para no caer en el error. Pero esta ciudadanía en el mundo de la Palabra también ha de ser permeada por la iluminación de cada carisma en particular. Cada carisma congregacional es un elemento precioso que ilumina y refuerza la comprensión y vivencia de la Palabra.

Creo que la tarea de los acompañantes en esta primera etapa ha de ser la provocación del encuentro entre Dios y la persona, de manera progresiva. La experiencia en estos caminos asegura que la prisa es enemiga de la madurez espiritual, no se saltan

escalones en este sentido. Quiere decir que el sumergirse en la Sagrada Escritura debe ser al estilo isaiano (Is 55,10-11):

Del mismo modo que descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá de vacío, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y produzca pan para comer, así será la palabra de mi boca: no tornará a mí de vacío, pues realizará o que me he propuesto y será eficaz en lo que le mande.

Intentemos colocar este hermoso pasaje (Isaías 55,10-11) en un esquema que, al contemplarlo, se explique por él mismo:

Proceso de la lluvia en la tierra	Proceso de la Palabra en la persona
Desciende de los cielos	Procede de la boca del Señor
Empapa la tierra	Realiza lo que Él se ha propuesto
La hace fecunda, germina, da semillas y pan	Es eficaz en lo que mande
No vuelve vacía	No vuelve vacía

¿Qué hace que la lectura de la Palabra sea orante?

La lectura de la Palabra es orante, cuando se va a ella en actitud de oración y se ora. La oración, en este horizonte de reflexión es elevar la inteligencia, la memoria y la voluntad a Dios (tres en uno), estableciendo un diálogo íntimo, que desemboque en transformaciones. Quiere decir que la oración es dinámica, porque la salvación misma es movimiento hacia Dios mediante el Hijo, en el amor del Espíritu. Esta actitud orante y la oración misma es un don de Dios. O sea, una gracia, que llega por el auxilio del Espíritu Santo, por eso es sabio invocarle siempre. La conciencia de la oración como don, nos hace humildes, pues como gracia trascendente no está al alcance exclusivo de las manos. Por eso, sabiamente le dice Jesús a la samaritana:

“Si conocieras el don de Dios” (Juan 4, 10). Para conocerle es menester ir al pozo; ahora no el llamado “pozo Jacob”, sino aquel que adquiere el nombre de cada persona, quien lo porta. El pozo está dentro de cada uno, de cada una. Allá, en el fondo, está sentado Jesús, esperando que apa-

rezcamos con un cacharro a cualquier hora del día, para buscar esa agua viva.

El Catecismo tiene una hermosa referencia al corazón, coherente con lo que venimos hablando sobre las tres potencias del alma (Cfr. 2563-2564). Lo define como:

- Morada donde se está,
- donde se habita,
- donde uno se adentra.
- Es nuestro centro escondido,
- donde sólo el Espíritu puede sondear y conocer;
- lugar de decisión,
- de verdad,
- donde se elige entre la vida y la muerte.
- Es el lugar del encuentro,
- lugar de la alianza.

Hacemos Lectura Orante de la Palabra cuando se establece con los pasajes bíblicos algo más que un contacto, acontece un Encuentro. Este Encuentro lo determina todo:

- Intimidad,
- diálogo,
- revelación,
- obediencia,
- fecundidad,
- transformación,
- frutos,

- compromiso...

Los auxilios internos del Espíritu en una lectura orante para quien comienza la Vida Religiosa

He querido llamar “auxilios internos”, expresión que utiliza la *Dei Verbum* 5 para los movimientos que el Espíritu de Dios suscita en la persona, a fin de que se encuentre con Cristo en la Biblia. Tradicionalmente, a lo que este artículo llama “auxilios internos”, son los mencionados “métodos” o “pasos” que, a la verdad, me resulta una terminología insuficiente para lo que se pretende comunicar, pues no hay una línea temporal exacta, en la Lectura Orante, que determine cuándo termina uno y cuando comienza el otro. En el esfuerzo de hacer un aporte práctico, intentaré mencionar esos auxilios recordando mis propios comienzos, pero desde el camino recorrido hasta ahora.

Lectura

Vamos a partir del ejemplo del texto Éxodo 3, 5: “Quítate las sandalias que llevas puestas, porque el lugar que pisas es suelo sagrado”. Cuando se llega a la casa

de formación, donde la persona es preparada para consagrarse a Dios, esta frase (Ex 3,5) suele ser visitada con frecuencia. Importa considerar, si a cada visita saboreamos en ella un manjar exquisito.

La frase en Ex 3, 5 resuena como una voz, nacida en el interior, que invita a descalzarse. Dicha invitación va dirigida tanto para quien llega como para quien recibe. Esta voz trae consigo luz para la conciencia, que ilumina sobre una opción hecha recientemente, arriesgada, confiada, hasta temblorosa: escoger a Dios. Lo primero que se recibe, al llegar a la casa, en los más acertados de los casos, es una Biblia nueva. En esta atmósfera cualquier texto antes “conocido” se hace primicia en manos y ojos inocentes. Se cae en la cuenta de que las sandalias puestas traen un polvo innecesario que empaña el entendimiento, la memoria y la voluntad; que necesitan, en contacto con la Palabra, el nuevo suelo, sacudirse, desempolvarse, espabilarse... Algo se detiene en el alma cuando se comienza a tener conciencia de que Dios no ama en broma, y de que hay que tomárselo en serio.

En estas circunstancias, de quien inaugura compromiso en la Vida Religiosa, la lectura del texto bíblico se hace extraordinaria. El silencio hace una llamada urgente. Un texto bíblico en las manos, reposado en los ojos, intentando penetrar en el corazón, no son letras comerciales, ni clases de gramática, de historia o geografía... son letras sagradas, párrafos sagrados, historia sagrada, que tiene la intención de emprender, con mayor seriedad, un proceso de santificación.

Recuerdo bien la historia de Santa Catalina de Siena, que no sabía de letras. En este desconocer la letra, de manera infusa, el Señor le reveló grandes tesoros que contribuyeron de forma efectiva a la unidad de los cristianos. Y dice su historia que, cuando inició a descifrar las sílabas, se metía en cada una de ellas, como cuando usted come algo con tanto gusto que no quiere que se acabe, porque ella, en la Palabra, encontraba tesoros, grades, trascendentes, que deleitaban su jardín interior.

De esta manera, la lectura ha de ser pausada, como quien está adorando a Jesús sacramentado, porque justamente nos dijo San

Jerónimo, que “el Evangelio era el cuerpo de Cristo”. ¿Por qué querer salir aprisa de esos verbos, sustantivos, adjetivos, lugares, fechas, personajes, si están alejando vida y ofreciéndola? Están dándonos a conocer el cuerpo de Cristo, su misterio, su voluntad, su propuesta. En esta lectura, que pudiera ser comparada a un suero de miel de abejas, sin saber cómo ni cuándo, en el interior, se prenden unos focos luminosos, que empiezan a saber a meditación. A su tiempo, el Señor va mostrando el secreto del pasaje.

Meditación

La meditación es un estado, dinámico, animado por el auxilio del Espíritu Santo. En este espacio interior actúa, de manera especial, el don del entendimiento. Lo propio de este don es hacer que la persona lea desde dentro, buceando mar profundo, y desde allí comienza a descifrar, por Gracia, una panorámica sorprendente, cargada de sentido y revelación. De vez en cuando, la gente que llega a la casa de formación, suele maravillarse de las novedades que el texto le revela, porque aquí tiene tiempo para invertirlo en Dios. Entonces se encienden los faroles divinos, como quien va

conduciendo, llega el atardecer, y se abren las luces iluminado la pista.

En esta atmósfera transparente de gracia, son oportunas las palabras de Pablo en la segunda carta a Timoteo 4,16-17: Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para:

- Enseñar,
- discutir,
- corregir,
- educar en justicia,
- madurar,
- preparar para toda obra buena.

En la meditación inicia una sana y necesaria confrontación entre lo que el texto dice y cuanto provoca en la propia persona que ha venido leyendo. Se trata de las interpelaciones de la Palabra en la particularidad, en el propio ADN. Es como si la Palabra le predicara el mensaje que le conviene a cada quien. Incluso, hasta parece que le subraya en “negrita” lo más solemne del pasaje. Este empeño, no es mérito de la propia voluntad, el Espíritu tiene la primacía, intercediendo con insistencia, pues es una Persona Viva. Es importante tener en cuenta, que el Espíritu Santo es una Persona, visita con un interés

específico, y no le gusta perder el tiempo. Es de sabios y sabias dejarse conducir por esta personalidad divina, porque ella dice las cosas que nadie más puede decir.

Oración

La oración, como todo don, no se define sencillamente a manera exacta y determinada. Ella está vinculada al detenerse con Dios y experimentar que se está con Él. Seguidamente, luego de meditar, la oración surge como una atmósfera interna que invita al silencio reposado para escoger las palabras precisas a fin de dialogar con Dios. Este es el espacio privilegiado de realización humana en el Señor. Ahí se llenan los vacíos afectivos, las carencias, en el amor de Dios que se da a chorros para no mendigar más. Incluso, recuerda la joven del Cantar de los Cantares, capítulo 3, 4 cuando dice: “Encontré al amor de mi alma, lo abracé y no lo dejaré jamás”. La oración es eso: encontrar y desear permanecer con Alguien.

No se puede hablar de oración sin experimentar fuego divino en el alma. Porque en este momento se inicia la experiencia de la comunión entre el entendimiento,

la memoria y la voluntad. Aquí las tres potencias se funden en un solo objetivo, Dios. Cuando se inicia en la Vida Religiosa, quizás no se le pongan estos nombres, pero luego de unos años, bien vividos, usted va descifrando cómo el Señor le fue seduciendo con la pedagogía más adecuada para el momento y el estado en el cual se encontraba como persona. Quien acompaña al principiante, ha de tornarse sencillamente en alguien contemplativo, para ir observando como Dios modela a la persona y dárselo a conocer. ¿De qué manera? A la manera de Santa Isabel, en su actitud con la Virgen María, le hace confirmar todo lo que Dios ha hecho en ella y por ella (Lucas 1, 39-45).

Sería tan apropiado hacer un ejercicio en los Evangelios: leerlos seguidamente, en secuencia, para ir sacando las características de la oración de Jesús. Cuándo y cómo ora, en los espacios, tiempos, momentos, situaciones. En este sentido, vale detenerse en la relación que presentan estos textos sagrados entre oración y fe, cómo una va de la mano con la otra y la presupone. Observe que los momentos de crisis, en los discípulos, provienen por falta de fe y que, cuando falta esta, es por-

que la oración o está empobrecida o ausente.

En este espacio privilegiado de la oración, el entendimiento comienza a digerir y descifrar aquello que Dios le dice, porque la persona está en el momento más solemne de la escucha. Una escucha consiente. La memoria va descartando las pajas secas que no alimentan, mientras va dando acogida a lo nuevo que llega, con vida en abundancia, llenando la copa. Esta abundancia de Dios mueve a la voluntad, y el Espíritu Santo lo sella.

Contemplación

En primera de Corintios 2, 16 se dice “Nosotros tenemos la mente de Cristo”. La contemplación es esto, pensar, sentir, imaginar, mirar y actuar con la mente de Cristo. Por esto, este auxilio del Espíritu es como la cima de la montaña, donde se favorece una visión integral de la panorámica. Cuando Dios se ha absorbido, cuando ha calado, penetrado, entonces todo nos sabe a Dios. Es lo que pasó con Jesús, en los relatos de los Evangelios. Al estar enamorado del Proyecto del Padre, todo cuanto veía le resultaba familiar y propicio para compararlo con el

Reino: no importa si era una mujer poniendo levadura en la harina, un campesino en la huerta, un comerciante en la plaza, una semillita en la tierra, unos pescadores con redes en el mar.

Esta mirada contemplativa nace cuando se ha bebido a Dios con los cinco sentidos, y con las tres potencias del alma. En este estado se activa, de manera privilegiada, el don de ciencia, que es el don privilegiado de la contemplación. Desde este don se descifran las huellas de Dios en todo lo que circunda, sus criaturas deleitan pero, al mismo tiempo, no estacan las personas en las criaturas sino que las conducen al Creador. Todo saber y conocimiento no viene a mérito de esfuerzos personales, sino que los frutos espirituales llegan por la gracia del Espíritu Santo.

En síntesis: he querido priorizar la importancia de la Lectura Orante en los primeros años de la Vida Religiosa para que se forje en esta génesis la necesidad

de alimentarse con la Palabra, cuya esencia es permanecer para siempre (Isaías 40, 8). Estos primeros pasos son fundamentales para forjar el convencimiento necesario con el cual nos conduciremos durante toda la jornada de ser consagradas y consagrados a Dios, teniendo en cuenta que “Si el Señor no construye el edificio, en vano se afanan los albañiles” (Salmo 127, 1).

Otro convencimiento es el desafío de “crecer para abajo”, echar raíces sólidas en el terreno de la Palabra, desde el comienzo. Traigo a relucir las palabras de Jesús “Vengan conmigo, y yo les haré llegar a ser pescadores de hombres” (Marcos 1, 17). Todo el compromiso de la Vida Religiosa con la transformación social, ha de estar movida por el sentido del Reino de Dios, y este sentido se adquiere estando con su Palabra, permaneciendo en ella, hasta que su gracia nos permita entender, retener y desear hacer como Él, la voluntad del Padre.